La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 25 de julio de 1892 — Núm. 552

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CELOS, acuarela de Eduardo Forti

CRÓNICA DE ARTE

En grande apuro me veo para cumplir hoy el cometido que me impuse de tener al corriente á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTISTICA de cuanto se pinta y esculpe en esta dos veces villa coronada. Los terribles calores que venimos sufriendo han podido más que los buenos deseos de los artistas, empeñados en la tarea de animar lienzos y mármoles con destino á la próxima Exposición internacional de Bellas Artes. No podía suceder otra cosa: taller existe donde á las diez de la mañana la temperatura se eleva á cerca de cuarenta grados centígrados.

Estoy presenciando una lucha titánica. El modelo no puede soportar las ropas que el pintor le viste, y á los pocos instantes de estar en posición se deja caer rendido, sudoroso, desfallecido, sobre la dura tarima donde aquél le colocó. Figuraos al pintor, casi desnudo, jadeante, sufriendo con estoicismo espartano la horrible temperatura ya dicha, olvidándolo todo, calor inclusive, preocupado únicamente con el estudio del *partido de pliegues*, que la túnica ó el hábito del modelo le ofrece; *partido* de elegantes líneas, hermoso, de clarobscuro *picante*: «¡No te muevas! ¡Así! ¡Quieto!» El sudor corre abundante por su frente. ¡Quién piensa en enjugarlo! No es cosa de perder tiempo. Un solo respingo del maniquí de carne y hueso, y ¡adiós mi hermoso partido de pliegues!

Ya está cargada la paleta. Los colores salen frescos, aceitosos, de sus cárceles de plomo, y relucen tonos brillantísimos en adorable confusa armonía y dispuestos en larga curva sobre la bruñida superficie de madera. Es una delicia tocarlos con el pincel y extenderlos sobre el limpio lienzo, combinando tintas, dibujando el famoso partido de pliegues. Cada pincelada es un triunfo. Ya comienza á verse claramente la disposición general de los paños. Ya se acierta con la nota de color. El sol caldea la habitación elevando la temperatura á qué sé yo qué grados. ¡No importa; adelante! Pero aquellos colores antes tan frescos comienzan á ponerse pastosos; el pincel no los extiende ya con tanta rapidez. ¡Demonio de calor! Es menester recurrir al aceite ó al aguarrás; la pasta es menos sólida; pero ¿qué se le ha de hacer? ¡Adelante siempre! Ni por un imperio dejaría el artista de trabajar con empeño creciente, para que los pliegues, los elegantes pliegues de la túnica ó del hábito, que le han de proporcionar un triunfo, ó por lo menos ayudar á conseguirlo, se deshagan como la sal en el agua porque el modelo se rinda.

¡Cataplum! «¡No puedo más!,» exclama desfallecido el maniquí humano, dejándose caer medio muerto. El pintor arroja al suelo pinceles y paleta, poniendo de oro y azul al modelo y á todos sus ascendientes. ¡Tan bonito como *hacía* el partido!

Bajemos del sexto piso, donde el pintor queda entregado á su desesperación. En el piso bajo, en un patio cubierto de cristales, sobre los cuales Febo (me parece que así le llaman los *pentacrostiqueros* de buhardilla), lanza sus rayos con saña sin igual, un escultor, en mangas de camisa y en calzoncillos, modela febrilmente una estatua de Ariadna. Por allá arriba, de cuando en cuando, ligero y abrasador vientecillo orea las abrasadas frentes del pintor y de su modelo; es verdad que parece hálito del desierto, pero por lo menos causa la ilusión de refrescar. Por acá, bajo los cristales del patio, no se mueve ni el hilo de una telaraña. Cada cuarto de hora es menester remojar bien el barro, porque el palillo no puede seguir trabajando. Con todo esto, sin embargo, Ariadna va surgiendo bellísima, en actitud verdaderamente inspirada. Aquel barro diestramente modelado semeja carne fina, palpitante, llena de vida. ¡Qué encanto hay en los suavísimos contornos de la deidad abandonada! Aquella testa de correctas facciones expresa el dolor épico. Los desnudos hombros son dos curvas imposibles de apreciar por la finura y morbidez de su traza. Sobre todo, el brazo izquierdo que en piadosa actitud se adelanta, rematando en finísima mano, es un asombro. ¿Cuánto tiempo tengo disponible para terminar esta estatua y vaciarla? Treinta días. Necesito trabajar cuatro horas más de las que ordinariamente dedico á mi obra.

El sol entretanto convierte en horno el taller; el escultor no se cuida más que de humedecer continuamente el barro de la parte donde, con los palillos pulsados con energía, con vibrante entusiasmo, contornea una pierna medio cubierta por un paño. De pronto, ¡trac!, la mitad de la hermosa cabeza se raja, se desprende, tropieza en el brazo y ambos extremos se estrellan sobre el suelo, dividiéndose en múltiples fracmentos. En aquel instante una ligera nubecilla oculta el sol, autor del atentado de leso arte.

***

Pero un gran número de pintores abandonaron sus estudios de Madrid y se trasladaron á las provincias del Cantábrico y á lugares donde el calor les deja trabajar, mejor dicho, terminar sus cuadros. ¿Cómo se las arreglarán aquellos que no pintan escenas al aire libre? No lo sé. Lo que sí sé es, que algunos de sistieron de sus cuadros históricos para pintar cuadros del género ahora en boga. Tienen que apretar mucho las clavijas para que las sonatas no resulten en bemol, debiendo estar tocadas en *do* mayor. La época de entrega de obras no se prorroga, según me dijo el Sr. ministro de Fomento no hace cuatro días, más que por diez; es decir, se amplía el tiempo de admisión, que comienza el 18 del próximo agosto y terminará el 8 ó el 10 de septiembre.

De Asturias vienen doce ó catorce cuadros, de los que se hacen lenguas cuantos los han visto. Todos esos cuadros, ó casi todos, pintados al aire libre. La escuela asturiana, pues, debe considerarse ya formada. Solamente nos falta aquilatar su valor. De Andalucía, ya he dicho en anteriores crónicas los lienzos que figurarán en nuestro certamen. Bilbao, García y Ramos, Moreno Carbonero, Nogales y otros pintores de esta talla son los que habrán de sostener á digna altura la tradicional y justa gloria de que goza la escuela de aquella región. De Valencia, Sorolla, Muñoz Degrain (aun cuando este artista reside en Málaga, yo le sigo considerando como pintor valenciano siempre), Juste, etc., enviarán también obras. De Cataluña no sé que vengan más lienzos que los de Soler, Llimona, Galofre Oller...

A propósito del cuadro de este pintor, debo declarar que aquí se siente verdadera impaciencia por conocerlo. Se ha leído con gran entusiasmo cuanto de *Boria avall* ha dicho la prensa barcelonesa; y dada la gran competencia que en materias astísticas existe en la capital del antiguo condado, nadie duda de que obtendrá aquí un éxito tan ruidoso como el obtenido en Barcelona. Precisamente Madrid tiene la gran condición de admirar sin distingos ni preocupaciones de ningún género, y venga de donde viniere, cuanto merezca la pena de ser admirado. Responda por mí Guimerá. Respondan por mí los escultores catalanes, que se han llevado la palma en los últimos concursos para decorar el nuevo edificio destinado á Biblioteca y Museos. Responda por mí Querol, en cuyo favor se ha sostenido una campaña violentísima, y en la cual yo (y dispénsenme mis lectores la inmodestia de sacarme á colación) tomé parte activa, poniéndome enfrente de la Academia de San Fernando, porque creía justa la causa que defendía. Bien venga el cuadro *Pena de azotes*, y venga también su autor, seguro de que se le hará el honor que de derecho le corresponda.

***

Las noticias que de Munich llegan hasta nosotros, respecto del número y valor de las obras de los pintores españoles que en el Palacio de Cristal de aquella ciudad figuran, no acusan un éxito. Los periódicos alemanes, á vueltas de grandes alabanzas á la escuela española en general, dicen que por esta vez nuestros artistas se limitan á la presentación de simples cuadros de comercio. De París tampoco las noticias son muy halagadoras. Los premios de alguna importancia los acapararon otros, que no los nuestros. Verdaderamente, á juzgar por las reproducciones que tengo á la vista, y en particular de los cuadros de dos artistas españoles ya laureados otras veces en la capital de la vecina República, nuestra escuela estuvo muy medianamente representada. No siempre está el horno para bollos. Y hago tal reflexión, porque quiero desechar ciertas apreciaciones que me ponen bastante mohino, y que por haberlas comenzado á formular en voz alta hace algún tiempo, se revolvieron contra mí muchas gentes. (Pido de nuevo perdón por haber sacado á relucir por segunda vez mi persona.)

La Exposición próxima habrá de confirmar ó destruir por completo estas mis opiniones. La variedad de géneros pictóricos que figurarán en ella; la complejidad de los asuntos elegidos por los que intentan seguir las huellas de los grandes pintores de historia; la interpretación del asunto religioso; las tendencias del bucolismo en el lienzo de costumbres rurales; en fin, un mundo de cosas, de aspectos, de sentimientos, de ideas novísimas, de tesis más nuevas y casi heterodoxas, apenas presentadas unas, otras vistas á través de la lente fotográfica, rebuscadas éstas, la mayor parte de aquéllas no sentidas ni comprendidas.

***

Muy en breve se resolverá el celebérrimo y último concurso de escultura, abierto para presentar los modelos de las estatuas de San Isidoro y de Cervantes, destinadas á la Biblioteca. Dije celebérrimo, porque desde la publicación de aquella real orden (de la cual tienen conocimiento nuestros lectores) por virtud de la que se prohibía á la Academia de San Fernando juzgar en concursos donde tomase parte algún individuo de su seno ó correspondiente, viénese sosteniendo una guerra ruda por parte de la docta corporación contra el Sr. Linares Rivas, influyendo, si de un modo indirecto, no por eso menos eficaz, en los individuos del Jurado libre, para que éstos renuncien sus cargos, como en efecto lo hizo alguno, sin tener en cuenta la honra y la obediencia que le dispensaba y le debía al ministro de Fomento, jefe suyo.

Yo, que creo conocer algo al Sr. Linares Rivas, desde luego me atrevo á afirmar que resolverá de plano lo del concurso, importándole muy poco las protestas académicas y cuantas otras pueda suscitar su resolución.

***

Dentro de quince ó veinte días comenzarán á colocarse las figuras en yeso del modelo definitivo del frontón de la Biblioteca en el tímpano. Actualmente hállanse casi terminadas diez ó doce figuras de las veintitantas que forman la composición total.

Probablemente dará lugar á discusiones acaloradas, más que acaloradas apasionadas, esta obra, la más importante por su tamaño y dificultades de las realizadas por el arte escultórico español en el presente siglo. Y dejando á un lado el mayor ó menor mérito de la escultura de Querol, tengo por sabido que habrán de dividirse las opiniones en el seno de la Academia en el momento de juzgar el modelo definitivo. Estoy viendo cómo sale á relucir Fidias, la Venus de Milo, el Narciso, etc. Paréceme escuchar la defensa del arte clásico hecha en verso heroico. Pero no lo puedo remediar: yo me río hasta no poder más cuando considero que esos mismos señores académicos, tan enterados del arte de los Alcamenes y Fidias; que esos mismísimos señores académicos, tan familiarizados con las obras, con las grandes, las excelsas obras artísticas de los días de Pericles, póníanle como defecto terrible, como desacato á las tradiciones clásicas, al proyecto de frontón del señor Querol lo de que algunas de las cabezas de las figuras formaban parte de la cornisa del tímpano.

Y, en efecto, en el frontón que Fidias esculpió en el Parthenón, solamente dos figuras de las centrales tenían las cabezas dentro de la moldura ó cornisamento; las demás figuras sobresalían...

En fin, que algunas veces, hasta el mismo Fidias se ríe, como yo, de los académicos sus admiradores.

R. BALSA DE LA VEGA

15 de julio de 1892

SECCIÓN AMERICANA

UTSPA-LLACTA (TIERRA DE CENIZAS)

(Continuación)

Juana Rosa tomó el brazo que le ofrecía Julio al propio tiempo que la madre de éste se colgaba del de un general muy buen mozo que se encontraba entre los adoradores de Juana Rosa.

– Hacen bonita pareja, ¿verdad, general?
– Sí por cierto.
– Parece que lo dice usted con envidieja.
– No tanto, no tanto, *mi* señora.

Julio valsaba muy bien y Juana Rosa había dicho que era el vals su danza favorita: sin embargo, ninguno de los dos hacía proezas aquella noche; puede asegurarse que perdían el compás frecuentemente á pesar de no hablarse ni dirigirse la palabra.

Julio sentía desasosiego estrechando la cintura de aquella mujer que se le abandonaba con indolencia, y Juana Rosa procuraba interesar al indiferente parisiense que no daba señales de rendirse á sus encantos.

Cesó la música, y la señorita de Guaqui continuó paseando con su pareja: ninguno de los dos hablaba. Rompió ella por fin el silencio.

– ¿No te ha hecho gracia que tengan que presentarnos para que nos hablemos?

– Realmente; pero como desde mi regreso de Europa no te había visto...

– ¿Ni te has acordado de mí tampoco?

– Estos días han habladc de ti mis padres con frecuencia.

– ¡Si no, no me hubieras recordado!

– No te sorprenda...

– No, si no me sorprende; yo sí recuerdo que me hacías rabiar diciéndome que tenía que casarme contigo.

Julio sonrió violentamente. Juana Rosa era hermosísima, pero sabía tanto como la más redomada europea.

– ¿Conque te gusta la vida del campo?

– Mucho.

– ¿De modo que vives en Utspa Llacta?

– La mayor parte del año. He venido esta tarde porque tu madre y la mía se han empeñado.

– ¿Y dónde está tu madre?

– Mamá no puede salir apenas de casa: ha quedado en la hacienda.

– ¿Y cuándo te vuelves?

– Esta noche.

– ¿Esta noche?

– Sí. ¿De qué te asombras? ¿No recuerdas ya que las *serranas* montamos á caballo igualmente de noche que de día?

– Sí, lo recuerdo; pero... ¿quién te acompaña?

Juana Rosa contestó doblándose como si la hubieran pisado la cola y volviendo la cabeza á la derecha:

– El mayordomo.

– ¿Es de confianza?

– Ha nacido en casa.

– Entonces lo conozco yo.

– Sí, contestó la de Guaqui, haciéndose la distraída.

– ¿Quién es?

– ¿Te acuerdas de aquel indio, hijo de otro, que fué asistente de papá y á quién éste hizo educar como si fuese de la familia?

– ¡Ya lo creo que me acuerdo! *Tristura* que le llamábamos por su carácter melancólico. Era un muchacho de talento. ¿Siguió estudiando?, preguntó Julio con interés y muy contento de haber encontrado conversación que les desviase de la primitiva.

– Sí, estaba á punto de terminar la carrera de leyes en Lima, cuando tomó parte en una revolución y tuvo que escapar. Se vino á casa, y papá se puso furioso por tal calaverada; pero en fin, como le quería tanto y á papá le gustaban los arranques bélicos, aunque le contrariasen, tuvo á bien perdonarle. Por este tiempo murió el pobrecito y dejó encargado á Joaquín de administrar las haciendas. Ya ves, no podíamos encontrar un administrador que más se interesase por nuestras mermadas rentas.

– Ciertamente. ¡Vaya con *Tristura!* Le volveré á ver con mucho gusto; somos de la misma edad. ¡Será un caballero!...

– Un caballero indio.

– Indio sí, pero prometía ser buen mozo.

– Un buen mozo indio, ya te digo.

– ¿Pero es posible que todavía tengáis esas vejeces arraigadas? Veo que los europeos con ser autócratas viejos adelantan más que vosotros que blasonáis de demócratas jóvenes.

– Yo no blasono de eso, *cholito* (frase de confianza y cariño); estoy en punto á orgullo como estaban mis bisabuelos. ¡Qué tiranuela! ¿Verdad?, dijo Juana Rosa apoyándose con más indolencia en el brazo de Julio. ¿Quieres que salgamos un rato al jardín? ¡Jesús, hace aquí un calor!...

– Vamos adonde quieras.



UNA BODA EN SEVILLA, cuadro de D. José García Ramos

***

A las cuatro de la mañana salía Juana Rosa del baile acompañada del Sr. Lezcano, que la dejó en la puerta de su casa. Entró precipitadamente en el tocador, seguida de la doncella india que la estaba esperando.

– Anda, Chucha, ayúdame pronto y dame el traje de montar; no tardará en venir Joaquín á buscarme.

– Joaquín ha venido, *niña.*

– ¡Ya! ¿Y dónde está?

– En la biblioteca.

– ¿Está listo mi caballo?

– Hace una hora.

– ¿Qué ha dicho Joaquín?

– Está triste.

– ¿Por qué?

– Recela del *niño* Julio.

– Me lo temía.

– ¿Te ha parecido bien, *niñita?*

– Sí, es muy guapo... pero es un *sosaina.*

– ¿Querrás creer, Chucha, que no me ha llamado linda una sola vez, y eso que hemos estado solos en el jardín?

– Tiene razón la *niña*, de veras que es soso y cándido.

– Si se descuida se lo llamo en su cara.

– *Niñita*, ¡por Dios!, ten mucho cuidado. Joaquín es celoso como no hay otro, y si llega á saber algo es capaz de prender fuego á Utspa-Llacta.

– Mira, con eso justificaría su nombre la hacienda: *Lugar ó tierra de cenizas.*

– No te rías, *niña*, y ten cuidado.

– ¿Que tenga cuidado? Pues algún día ha de saber que mi madre y los padres de Julio piensan casarnos.

– ¡Jesús! Se vuelve loco el pobre Joaquín.

– ¿Y qué le haré yo? Lo siento, porque la verdad es que le quiero; pero ya comprenderás que no puedo casarme con él. ¡Jesús, Dios nos libre! ¿Qué diría la gente? Julio es riquísimo, ya lo sabes, el más rico de Arequipa. Iremos á Europa.

– Ten cuidado, *niñita;* no sé por qué me dice el corazón que vas á ser muy desgraciada.

– No lo creas; muy feliz. ¡Ea!, dame una bufanda de vicuña y avisa á Joaquín. Vete temprano á Utspa Llacta, después que recojas todo con mucho cuidado, ¿eh? Que no se te olviden las llaves de los armarios. Te necesito allí antes de las doce; por la tarde irá Julio con unos amigos. Adiós, Chuchita, pide á Dios por los corazones de simples que he desgarrado esta noche en el baile. No sabes cuántas necedades me han dicho; hay quien quiere suicidarse porque no le amo. ¡Ja!, ¡ja! ¡Qué graciosísimos!

Recogióse la joven el *ropón*, envolvióse en la bufanda, y se disponía á salir cuando llamaron á la puerta: se estremeció.

– Es Joaquín, dijo. ¡Adelante! Baja, Chucha, y que saquen los caballos al patio; no subas hasta que bajemos nosotros.

La india obedeció sin rechistar.

– ¿De qué te reías cuando he llegado?, preguntó el que acababa de entrar.

– De los tontos que me han fastidiado en el baile.

– ¿De todos?

– De todos.

– ¿No me engañas?

– No te engaño. Te aseguro que no había ninguno que pudiera tenerte el estribo.

No le faltaba razón á Juana Rosa. El indio Joaquín ó *Tristura*, como le había llamado Julio, era un buen mozo de veras; alto, elegante, airoso con su pintoresco traje de montar y su sombrero de anchas alas que se había quitado al entrar en el tocador de la señorita de Guaqui; era el verdadero tipo de la belleza varonil, sin afeminamientos ni endebleces.

Contaría veintiocho años, pero representaba menos á causa del poco vello de su rostro quichua y de su bigotillo menguado, aunque perfilado y correcto. Más que por la hermosura cautivaba por la expresión de su fisonomía franca y abierta, sin que en ella quedase un asomo de la melancolía que en otro tiempo diera motivo á su fúnebre apodo.

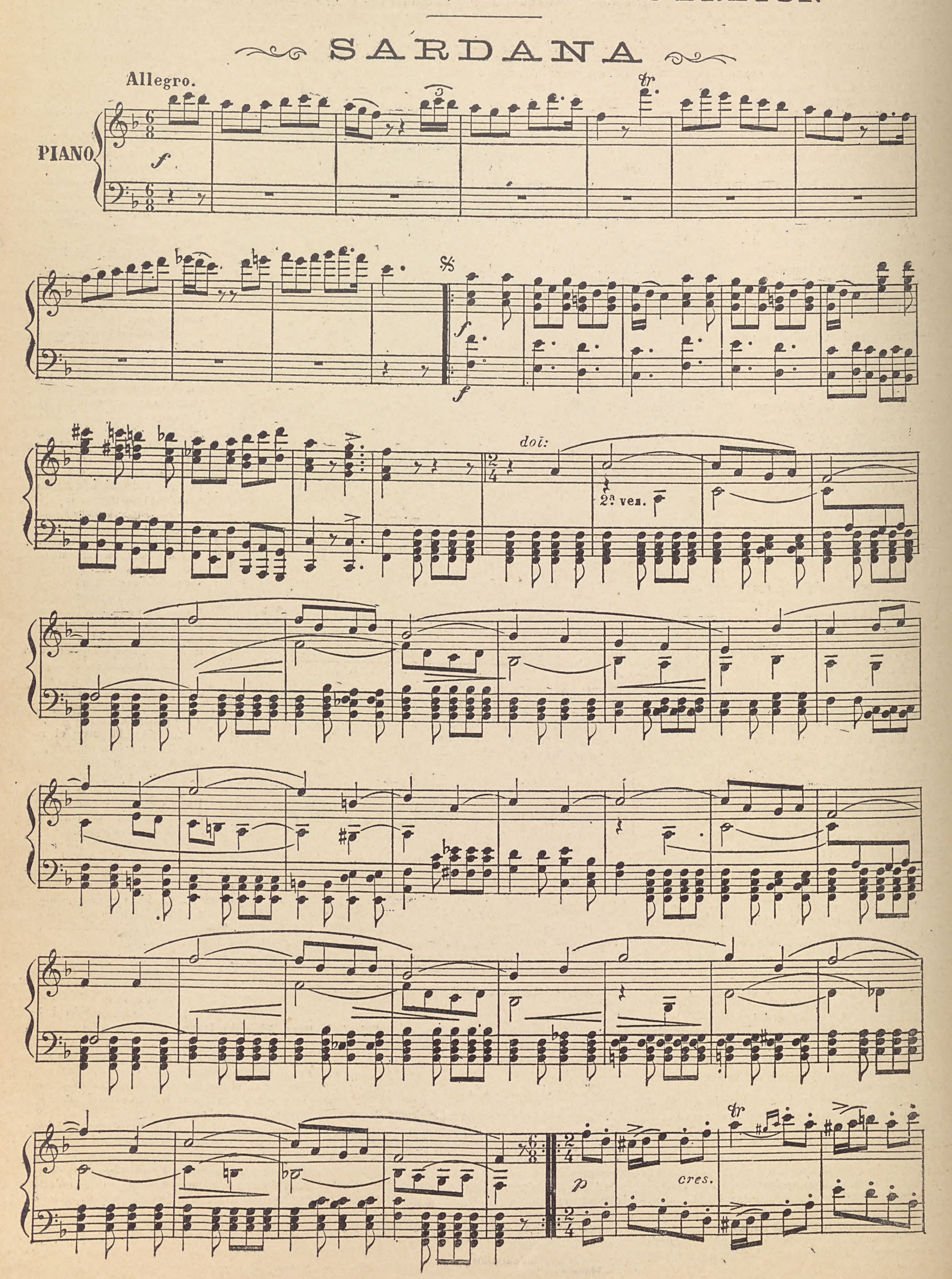
EVA CANEL

(Continuará)

GARÍN

ÓPERA EN CUATRO ACTOS DEL MAESTRO TOMÁS BRETÓN

SARDANA





tr
cres.
f
f
p
pp
pp
cres.
cres.
dim.
dim.
pp
8
f
cres.
8
8
8
8
cres.
dim.
ff
f
ff
8
f
f
ff
ff
1a vez.
D. C. 𝄋
2a para acabar.
ff
ff

VISTA DE MÓNACO

LA CORNISA

Una de las vías que conducen á Italia, la seguida por mayor número de personas, es la llamada de la Cornisa. Cómoda, fácil y pintoresca en grado sumo, ofrece muchas ventajas que el viajero no desprecia; para los españoles es la única que directamente nos lleva á la península hermana.

El atractivo de esta vía consiste en el número considerable de estaciones de invierno que existen á lo largo de su trazado, desde Marsella hasta Génova. A corta distancia de la primera de estas dos ciudades bajan los Alpes formando seguida cordillera paralela á la mar: en Savona se unen los Apeninos á los Alpes en igual orden de formación de sus montañas, y así se elevan esos contrafuertes de la Europa central, como inmensas murallas destinadas á proteger contra los vientos fríos del Norte la estrecha lengua de tierra de la Cornisa, que las olas bañan y el sol fecunda continuamente.

Y la naturaleza es allí bella como en pocas regiones europeas. Entonan los colores generales de su vegetación el verde claro de los pinos y el obscuro de los olivares: la viña crece ufana en las vertientes de roca de las colinas, y hacia el llano se cimbrea al aire la palmera trasplantada de las tierras africanas. Pocos árboles y arbustos deben despojarse de sus galas al empezar la estación fría: las flores viven con más color y lozanía; todo, en fin, respira y late allá donde parece que la primavera se ha establecido en permanencia.

No es maravilla que los hombres hayan utilizado aquella costa para buscar abrigo contra los rigores del invierno, construyendo en las ciudades y pueblos, y aun en medio de los bosques y junto á las arenas de la playa, numerosas habitaciones para cómodo albergue de los viajeros. Todo se encuentra: hoteles y fondas de imponentes dimensiones, en cada uno de los cuales pueden fácilmente alojarse trescientas personas; cuartos y pisos amueblados que durante dos ó tres meses se alquilan á familias extranjeras; *chalets* caprichosos, rodeados por diminutos parques; extensas quintas que circundan bosques de pinos y naranjos. Todas las arquitecturas han sido puestas á contribución para erigir y decorar estos edificios, y aun fueron combinadas de singular manera en busca de efectos que no siempre resultan. Abunda el género de construcciones suizas; vese en muchas partes la extraña cúpula rusa; la casa gótica, parecida á un templo, confunde sus límites con las torcidas columnas de algún edificio italiano; castillos feudales, pintados de color de chocolate, elevan al aire las almenas y torreones que tanto encantan á los enriquecidos tenderos de nuestra época. Entre Cannes y Niza vese una torre pintada por mitad de verde y azul, para que asemeje la mar y el cielo, y en su tejado se ostenta un buque, pero un buque verdadero, con su borda, su cubierta, sus escotillas, sus mástiles y su jarcia; creación inverosímil de algún marino que hoy disfruta en la paz del hogar las riquezas acumuladas en los azares de su pasada vida.

El límite de las estaciones invernales, lo he dicho ya, se halla entre Marsella y Génova; pero en rigor los puntos elegidos ó más frecuentados por los extranjeros son Cannes, Niza, Mónaco y Mentón en Francia; Bordighera, Ospedaletti, San Remo y Alassio, en Italia. En ellos se han reunido cuantas comodidades puede apetecer el hombre: teatros, paseos, casinos, nada falta. Además, la costa que limita la Cornisa por el mar ofrece espléndidos panoramas con sus golfos, sus rocas, sus islas, sus peñascos que salen erizados de las aguas como para velar su sueño plácido que ningún viento turba. El espectáculo que en día sereno muestra el ancho golfo Juan, desde Cannes hasta Antibes, no desaparece fácilmente de la memoria cuando una sola vez se ha contemplado.

Es verdad que la vida es allí cara. Mas ¿para qué decirlo? ¿Para qué añadir la nota prosaica del precio al cuadro tan rico en alegres tintas? Natural es creer que á la Cornisa sólo acuden los felices de la tierra, los dotados por la fortuna, que no necesitan hacer cuentas para atar los cabos sueltos de la vida. Y bien se ve quiénes son, al contemplarlos en los trenes ó en las alamedas de las ciudades. Predomina entre ellos el tipo inglés; si es hombre, eternamente visible durante el día con traje de cuadros, ó con frac y camisa de color de noche; y si es mujer, con un vestido mejor ó peor combinado, pero que mal puede cubrir unas formas que no existen. También abunda el americano, pues los ricos negociantes de cerdos de Chicago, ó de algodón de la Luisiana, ó de habichuela del Connecticut, no se avienen á concluir sus días sin haber hecho el viaje de ritual al Sur de Europa. En la región italiana vense además muchos alemanes; pero aquello es más mezquino y raquítico, pues el teutón lleva en general la ventaja de contar en todas partes, aunque sufra el inconveniente de no disfrutar en ninguna donde gasta.

Entre esa turba de viajeros se encuentran muchos enfermos, gentes de constitución delicada y de pulmones débiles que no podrían resistir en otra parte los rigores del invierno. Así, las ciudades de la Cornisa han visto extinguirse muchos personajes de nombre harto conocido. En Niza murió hace pocos años un miembro de la casa real de Inglaterra, el príncipe Leopoldo, hijo de la reina Victoria. Algún tiempo antes, fallecía en Cannes otro príncipe más célebre, porque lo fué entre los escritores fanceses, Prosper Merimée, el espiritual autor de *Colomba*. Una de las veces que pasé por aquella vía, en mis correrías hacia Italia, vi agonizar en San Remo al heredero del trono de Alemania, que días antes de ceñir en sus enfermas sienes la corona del imperio, presenciaba en la villa de Zirio el doble espectáculo de sus chambelanes riñendo como lavanderas y sus doctores disputando sobre el carácter de un mal que no acertaron á curar.



MÓNACO.—EL CAMINO DE LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL

Los curiosos se detienen principalmente en Niza, obligado punto de escala para ir á Mónaco y visitar el famoso casino de jugadores de Monte Carlo. Me sedujo la idea de hacer una excursión al histórico principado, cuyas fronteras no exceden los límites de la hacienda de un buen propietario, y una mañana á las nueve me dirigí tranquilamente á la estación del ferrocarril, donde hallé al comisionista de mi hotel.

– ¿El señor va á Mónaco?, me preguntó.

– Sí.

– Entonces le tomaré billete de ida y vuelta.

– No es necesario.

– ¡Oh! Sí, absolutamente indispensable. El señor no querrá encontrarse en Monte Carlo sin dinero para el billete.

– Tengo el suficiente para pagar la vuelta.

– Podrá no tenerlo antes de dos horas.

Callé ante tanta insistencia y pagué los billetes en la forma propuesta. Aquel criado idiota ya sabía que iba á perder mi último real en la mesa de la ruleta, y que para volver á Niza necesitaría, ¡qué sé yo!, empeñar la palabra, ó el reloj, ó la vergüenza, para conseguir de algún desconocido las dos pesetas que cuesta un billete de tercera clase.

Entré en el salón de descanso de la estación y hubo de sorprenderme la vista de un enorme cartel que en cinco ó seis idiomas diversos contenía el siguiente aviso: *Cuidado con los ladrones*. Evidentemente no había errado el camino, ni la casa de juego podía estar muy lejos.

Es encantadora la vista de la ciudad de Mónaco. Está situada en la cima de alto peñón cuyos flancos el mar baña; la acarician continuamente las brisas del Mediterráneo y se halla á cubierto de los vientos de tierra por las primeras estribaciones de los Alpes. Muestra todavía sus almenados muros de la Edad media; sus torres con los pesados matacanes que avanzan sobre la roca, y en la masa de sus construcciones ennegrecidas por el tiempo, destácase orgulloso el palacio de los modernos príncipes, entre el reducido bosque que no puede rebasar los límites de la antigua fortaleza.

En Mónaco se conserva muy vivo el recuerdo de la visita que en 1529 hizo á la ciudad el emperador Carlos V. El monarca castellano acababa de firmar en Cambrai la llamada *paz de las damas*, y orgulloso por las victorias de sus generales que terminaban la conquista de casi toda la Italia, quiso visitarla y ceñir sus sienes con la doble corona del imperio y de Lombardía, á cuyo efecto citó al Papa Clemente VII para que acudiera á Bolonia á efectuar la consagración. Las doce galeras de Andrés Doria levaron ancla del puerto de Barcelona, después de recibir su almiranta al poderoso rey de media Europa.

Algunos días después, los habitantes de Mónaco veían asombrados á la flota española que á fuerza de remos ganaba la entrada del puerto de Hércules. Nadie esperaba que Carlos V honrara con su augusta persona el pequeño país de los Grimaldi, ni tales eran de seguro los propósitos del emperador, que debieron sin embargo realizarse, porque nuestro monarca sufrió un terrible mareo que creyó iba á poner término á su vida. Cuando desembarcó en Mónaco, hubieron de llevarle en silla de manos al castillo.

El príncipe Agustín Grimaldi recibió espléndidamente al emperador, alojándole en su palacio los tres días que permaneció en su territorio. Y registran las crónicas dos hechos curiosos ocurridos en este breve intervalo de tiempo. Es el primero que, repuesto de su pasajera dolencia y sin duda avivado su apetito, el emperador comió tal cantidad de naranjas, nísperos, higos y otras frutas, que tuvo una fuerte indigestión, de la cual hubo de ser curado por el procedimiento puesto en práctica por el Dr. Purgón con su enfermo imaginario. Y agradecido el monarca á las pruebas de cariño que le dieron los habitantes de Mónaco, cuéntase que antes de su partida mandó reunirlos en la plaza de su palacio, y presentándose en la plataforma de la famosa gradería de mármol, dijo, tendiendo sus manos á la multitud:

¡Señores, todos sois nobles!

Esta leyenda no es única en Italia, pues en iguales términos la cuentan los habitantes del Alguer en Cerdeña y también la atribuyen á Carlos V cuando pasó por la ciudad al hacer su expedición al Africa.

Pocos minutos de tren separan Mónaco de Monte Carlo. En este último punto se encuentra la estación al pie mismo del casino, al cual se sube por suaves cuestas y escalinatas de mármol bordadas por jardines, sombreadas por espesas acacias, con fuentes que murmuran á su lado y estatuas que embellecen el camino. Y en el fondo de un país riente y encantador se extiende la villa de Monte Carlo, cuyos edificios consisten casi exclusivamente en fondas, casas de dormir, lugares de recreo, cafés, restauranes y casas de préstamo, es decir, accesorios todos de la gran casa de juego. Exteriormente no puede adornarse al vicio con mejores galas.

Casi sentía fiebre por ver el famoso casino, por lo cual dirigí mis pasos hacia su entrada. Un ugier vestido de gran librea me detuvo en la puerta, y me pidió el billete de introducción. No lo tenía. Dirigióme entonces á las oficinas de la administración, en las cuales un señor me pidió con frase breve mi tarjeta de visita, me miró de la cabeza á los pies, y satisfecho sin duda de mi porte, que aquella mañana debía ser de persona bastante decente para no ser extrañada en el sitio, me registró en un libro y me favoreció con un tarjetón verde que me abría de par en par las puertas del santuario.

Entré por ancho vestíbulo decorado con profusión de columnas y espejos. A la derecha hay un guardarropa, y á su lado un pequeño salón de lectura de periódicos. Otras habitaciones, un salón teatro donde se dan conciertos nocturnos y la gran sala del juego forman el conjunto del afamado *Cercle des étrangers* de Monte Carlo.

Pero no esperéis hallar en aquel recinto nada parecido á lo que con frase usual se designa con los nombres de lujo asiático: al contrario, un espíritu de economía y mezquindad parece haber presidido á la instalación de aquella casa. Los criados son poco numerosos y van mal vestidos: los muebles y las alfombras piden á voces una sustitución que no se efectúa: por todas partes se ve la mano del usurero que explota á sus visitantes, que sólo busca su negocio y que ni procura decorar con moldura más ó menos rica el fondo de un cuadro lleno de sombras y de vicios.

El salón principal tiene tres cuerpos, ó por mejor decir, está formado por un pequeño vestíbulo, una gran sala y una saleta final. Su arquitectura es árabe: su mueblaje consiste... en ocho ruletas distribuídas á iguales distancias. Las ovaladas mesas están cubiertas por el tradicional tapete verde lleno de líneas y cifras negras y encarnadas, y en su centro brilla el aparato redondo de metal, por cuyo encasillado salta la bolita de marfil lanzada con fuerza vertiginosa por la mano del *croupier* ó empleado que *hace el juego*. Frente á éste se halla otro empleado, y dos más, uno á cada extremo de la mesa, sirven para colocar el dinero donde indican los jugadores, recoger las apuestas perdidas y pagar las que ganan en la proporción del juego á que se han arriesgado.



VISTA DEL CASINO Y PASEO DE MONTE CARLO

El viajero que no va á aquella casa para jugar puede emplear agradablemente una hora estudiando á las figuras que animan los salones, al público que allí se confunde y codea junto á las mesas de juego. Empezaremos por los curiosos, que todos los días afluyen al casino en número considerable. Se comprende que sea raro el extranjero que al pasar por la Cornisa no se detenga un día para visitar el *trípot* de Monte Carlo, uno de los espectáculos más curiosos, sin duda alguna, que el viaje ofrece. No extraña á nadie por lo tanto hallar en el casino gente conocida, familias distinguidas, hasta muchachas de alta posición social que alegremente rodean una ruleta, preguntan de qué modo se juega y se marchan á la hora de haber invariablemente perdido una suma de dinero, á veces considerable. Y es curioso observar cómo esas jóvenes que nunca vieron jugar antes, y que no han de volver á jugar cuando salgan de aquella casa, se animan con las combinaciones de números y colores de la mesa y se lanzan al juego con toda la pasión de su alma, hasta que deben obedecer la orden de salir repetidas veces dada por sus familias. Los hombres son más prudentes: generalmente temen excederse si empiezan á jugar, y guardan gran circunspección, sólo aventurando alguna pequeña suma fijada de antemano y muy pronto perdida.

Veamos á los jugadores. Entre los muchos que vi sentados cabe las mesas, ó en pie detrás de las sillas, no hallé una sola cara que disfrazase la profesión del individuo á que pertenecía. Hay oficios que imprimen carácter en lo físico como en lo moral; y las líneas de la cara que acusan al hombre viciado por



MÓNACO. - LA SALA DE LA RULETA, dro de Juan Beraud, grabado por Baude

noches de insomnio y días de lucha junto al tapete verde, se marcan en Monte Carlo como estigma indeleble en la frente de tantos y tantos desgraciados que corren tras de un número en busca de la fortuna y sólo hallan la ruina y la miseria. Nada extraordinario ofrecen los jugadores del casino: son la misma gente que puebla las *bancas* de todos los países, más atenta al interés que á la educación, que se obstina en hacer dinero y por la diferencia de un duro arma un escándalo y se descompone hasta el límite más bajo de todas las inconveniencias.

¿Quién jamás averigua el origen de aquellos jugadores? Títulos dudosos, apellidos honorables, nombres supuestos, todos pasan y se confunden medidos por el mismo rasero del juego. Unos llegan con grandes fortunas que pronto pierden: otros sólo corren detrás de un sistema que les permita aumentar poco á poco el pequeño capital de que disponen: otros sin dinero y sin crédito, viven á fuerza de expedientes. A veces un jugador aprovecha un día de vena para embolsar grandes beneficios, y tiene la previsión de desaparecer al día siguiente; pero generalmente los jugadores empedernidos siguen el juego hasta que su ruina es completa, y cuando la fortuna les ha vuelto la espalda viven en la degradación más abyecta, ó emplean el último duro en comprar una pistola para saltarse el poco seso que les quedaba.

También se ven mujeres entre los jugadores de profesión. ¿Qué he de decir de aquellas amables sacerdotisas del vicio? Todas llegaron allí por el mismo camino, todas siguen la existencia ligera que en la pendiente de la corrupción resbala hasta el abismo sin fondo de la desgracia. Unas, viejas ó envejecidas á la sombra impura de aquella casa, con su rostro anguloso medio oculto por el sombrero guarnecido con violetas, se sientan junto á las mesas picando en cartoncillos los números salientes, cuando ya no tienen una peseta que jugar. Otras, jóvenes de cara simpática, elegante figura y modales desenvueltos, van á perder alegremente en una mañana de emoción lo que quizás ganaron en una noche de orgía. Hay una relativa felicidad en la existencia de esas fáciles mundanas, siempre contentas y alegres, sin sentimientos en el corazón ni ideas en el cerebro, y para las cuales viene á ser la vida como página de hermoso libro leído en una mala traducción.

Salid á la calle, después de haber dado la vuelta por los salones del casino de Monte Carlo. Y no es que deba alejaros de allí la idea de escapar á la tentación del juego, que sólo domina á caracteres mujeriles: idos, porque cuando se viaja por la Cornisa, otros sitios hay que convidan á recreos más deliciosos, á distracciones y placeres por los cuales no nos sube al rostro el rubor cuando salimos á la calle.

EDUARDO TODA

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – En Francia se han inaugurado en pocos días tres monumentos: uno en Anzin á la memoria del minero Fontaine, inventor del paracaídas de minas que tantos accidentes ha evitado y que valió á su autor las más altas recompensas; otro en Cahors en honor de Clemente Marot, y el tercero en Rouen dedicado á Juana de Arco. El primero, obra de MM. Moyaux, arquitecto, y Thernnissen, escultor, consiste en el busto de Fontaine puesto sobre alto pedestal en el que un minero escribe el nombre del famoso inventor. El segundo, ejecutado por MM. Roddosse, arquitecto, y por los escultores Turcan y Puech, es una especie de pórtico con un nicho adornado de esmaltes y mosaicos en el que se destaca el busto en bronce de Marot. El tercero, levantado según el proyecto del arquitecto M. Lisch, es verdaderamente grandioso: consta de un edificio de estilo del Renacimiento flanqueado por dos edículos unidos á él por una elegante plataforma; en el centro y debajo de una cúpula dorada cuyos arcos están sostenidos por columnas ricamente esculpidas, álzase la estatua de Juana de Arco, de M. Barrias, que estuvo expuesta en el último Salón y que representa á la heroína de pie, mirando á Rouen y con las manos atadas sobre la armadura. Sobre la cúpula elévase una linterna coronada por un grupo de San Miguel aplastando al dragón. La altura total de este monumento, de una riqueza de detalles extraordinaria, es de 20 metros.

– El célebre pintor Gabriel Max está trabajando actualmente en Munich en un cuadro hermoso, como todos los suyos, que representa *La novia de Corinto*, de Goethe.

– Cuarenta y seis artistas de Dusseldorf, de nombres muy conocidos los más de ellos, se han separado de la Asociación de Bellas Artes; como se ve, cada día es más profunda la disensión entre los representantes de las antiguas y de las nuevas tendencias de la pintura alemana.

– El escultor Kretschmar, de Chicago, modela actualmente para la próxima Exposición universal una estatua de Colón que tendrá nueve metros de altura y se alzará sobre un pedestal de granito de nueve metros y medio: la estatua se fundirá en bronce, y para la ejecución del monumento hay destinada la suma de 250.000 pesetas.

– Se ha inaugurado en Salzburgo la acostumbrada Exposición anual de Bellas Artes, á la que han concurrido con notables obras Angeli, Defregger, F. A. Kaulbach, Lenbach, Gabriel Max, Haug, Schonleber, Baisch, Zugel, Benlliure, Vinea y otros conocidos maestros.

– En la actualidad se halla expuesto en Munich un cuadro de Alberto Durero que hasta ahora había permanecido ignorado: es un *Ecce Homo* y constituye una obra magistralmente concebida y admirablemente ejecutada, cuya legitimidad ha conseguido probar plenamente su propietario.

– El maestro Ricardo Strauss, de Weimar, está trabajando en una gran ópera titulada *Guntram*.

– El notable pianista Eugenio Adalbert ha terminado una ópera con el título de *El rubí*.

Teatros. – En el teatro Real de la Opera, de Berlín, se representará el próximo invierno la gran ópera de Berlioz *Los troyanos*.

– El duque de Edimburgo está escribiendo la música para una opereta cuya letra ha escrito la regia poetisa Carmen Silva y que probablemente se estrenará en Coburgo.

– En la próxima temporada, la dirección de la Gran Opera, de París, se propone estrenar *Sansón y Dalila*, de Saint-Saens; *Herodiada*, de Massenet; *Los maestros cantores*, de Wagner; *Deidamie*, de Marechal, y *Maladetta*, de Gailhard y Vidal. La Opera Cómica tiene dispuesto el estreno de *Cassia*, de Leo Delibes; *Werther*, de Massenet, y *Beacoup de bruit pour rien*, de Salvayre.

– En el teatro de Covent Garden, de Londres, se ha estrenado la ópera *Elaine*, letra de Paul Ferrier y música de Bemberg. El libreto está tomado de un poema de Tennyson; la música es genuinamente francesa, y aunque contiene varios *leitmotiven*, como las óperas de Wagner, en la manera de desarrollarlos el autor se ha apartado por completo de la escuela alemana. La música del primer acto es eminentemente lírica, sobresaliendo en ella un hermoso dúo de amor, pieza culminante de la ópera, una balada coreada y una romanza de tiple. En el segundo cambia el carácter de la música, que tiene un sello más dramático, y en él sobresale la fiesta del torneo, que casi lo llena por entero y que ha sido puesta en escena con inusitado aparato é irreprochable propiedad. Las piezas culminantes del tercero son una plegaria y un dúo, y las del cuarto una romanza de tiple, un dúo de tenor y contralto, un baile coreado y una romanza de tenor, con que termina la ópera, cuyo éxito ha sido por todo extremo satisfactorio.

– En octubre próximo cumplirán 50 años que en el teatro de la Corte, de Dresde, se estrenó la ópera de Wagner *Rienzi*, y con este motivo se representarán en aquel coliseo todas las obras del gran maestro alemán, excepto el *Parsifal*.

– Verdi ha firmado con la dirección del teatro de la Scala de Milán un convenio en virtud del cual se estrenará allí en el próximo invierno su nueva ópera *Falstaff*.

Madrid: Se han estrenado en el teatro de Recoletos un juguete cómico-lírico, titulado *Los extranjeros*, letra de los señores Sánchez Seña y Larra, música del maestro Caballero, y la revista *Madrid puerto de mar*, letra de los señores Navarro y Gonzalvo y música del maestro Rubio, y en el Príncipe Alfonso la maniobra cómico-militar *La espada de honor*, letra del Sr. Jackson y música del maestro Cereceda. El éxito de esas tres obras ha sido bueno, especialmente el de la última que, aunque pobre de argumento, está escrita con gracia, tiene bonita música y es de gran aparato escénico.

Barcelona: En el teatro Eldorado ha sido bien acogida por el público la gacetilla cómico-lírica *Luces y sombras*, letra de los Sres. Prieto, Ruesga y Lastra, música de los maestros Chueca y Valverde. En el de Novedades ha obtenido excelente éxito la comedia en tres actos y en prosa original de don José Feliu y Codina, titulada *Un libro viejo*, que se estrenó en Madrid durante el pasado invierno. La obra del señor Feliu, de argumento interesante y perfectamente escrita, entusiasma en el primer acto, conmueve en el segundo, y aunque en el tercero decae algo, al final vuelve á colocarse á gran altura.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Enrique Bruckner, famoso pintor escenógrafo alemán.

V. L. Finsen, catedrático de Historia del derecho de la Universidad de Copenhague; de sus muchos trabajos el más importante fué la publicación del *Graagaas*, código de Islandia cuando ésta era país independiente.

Luis Mayer, profesor y presidente del Museo nacional de monumentos artísticos y antiguos de Wurtemberg é inspector de los museos de monedas y medallas.

Rodolfo Demme, profesor de la facultad de Medicina de la Universidad de Berna y notable especialista de enfermedades de niños.

Enrique Francisco Seymour Moore, marqués de Drogheda, individuo de la Cámara de los Lores y uno de los más populares nobles irlandeses.

Salomón Corrodi, notable acuarelista paisajista italiano.

Cárlos Schorlemer, profesor de química orgánica en la Escuela superior de Manchester, célebre químico que se distinguió por sus notables descubrimientos sobre la parafina, individuo de la Royal Society y doctor honorario de la Universidad de Glasgow.

Francisco Bataglini, cardenal arzobispo, tomista ilustre y muy estimado por su espíritu de conciliación.

Alejandro Mantovani, profesor honorario de pintura de la Academia de San Lucas de Roma: bajo su dirección se hicieron durante treinta años las restauraciones de las logias del Vaticano.

D. Juan Angoloti, presidente de la Cámara de Comercio de Madrid, consejero de la Compañía Arrendataria de Tabacos y de otras importantes sociedades de crédito: había sido diputado, senador, director general de Hacienda en el ministerio de Ultramar y presidido algún tiempo el comité de España en la última Exposición Universal de París.

Varia. – Para conservar á la próxima Exposición Universal de Chicago su carácter conmemorativo del descubrimiento de América, existe, según parece, el proyecto de hacer que el día 1.° de mayo de 1893, día de la inauguración de aquel certamen, toda la maquinaria de la Exposición sea puesta en movimiento por el duque de Veragua, el descendiente de Cristóbal Colón. Para ello se establecerá una comunicación por medio de alambres eléctricos entre aquélla y el palacio que tiene el duque en Madrid, y de esta suerte bastará que en un momento dado nuestro ilustre compatriota oprima un botón para que la corriente eléctrica haga funcionar las potentes máquinas motrices que moverán los innumerables aparatos instalados en Jackson-Park.

– Se ha inaugurado en Génova la Exposición Italo-Americana organizada para conmemorar el centenario del descubrimiento de América. Una de las secciones más notables es la de las Misiones católicas, en donde se ven muestras de cabañas de la Tierra del Fuego y del Canadá, figuras de salvajes de todas las regiones americanas, canoas, utensilios de pesca, trajes de pieles y tejidos primitivos, armas, trofeos, objetos prehistóricos, huesos de gigantescos animales, pájaros disecados y una sección prehistórica lígurina notabilísima: en ella se está terminando la construcción de una aldea patagona que habitará una tribu de aquel país que á fines de este mes llegará á Génova. Interesantes son también la Galería del Trabajo, donde funcionan máquinas de todas clases; el Palacio de Bellas Artes, donde llama especialmente la atención la sección retrospectiva, y la Sección de Marina y Guerra, en la que figuran curiosos ejemplares de embarcaciones de los siglos XVI y XVII.

– En París se están haciendo bajo la dirección de M. Gailhard grandes preparativos para una exposición teatral que se celebrará en 1893, y en la cual se admirarán todas las combinaciones escénicas que han estado y están en boga en las cinco partes del mundo desde los más antiguos á los más modernos tiempos.

PENSAMIENTOS

Más papel sellado malgasta el amor propio que *la razón*. Recuerda que el juez, todo lo más, puede ordenar que tu contrario pague, pero no puede condenarle á tener dinero.

***

¿No entra el sol por tus balcones?
Entrará el médico por tus doblones.

***

– ¿Qué es la amistad?
– El amor desinteresado.
– ¿Qué es el amor?
– La amistad con su cuenta y razón.

***

El talento, si recibe trigo, todo lo más devuelve harina; el genio, sin recibir nada, mana constantemente panecillos largos, libretas, roscones, mojicones... todo lo que se quiera.

***

Si Dios hubiera mandado al mundo hombres de talento solamente, andaríamos aún desnudos y viajaríamos á pie. Los hombres de talento han servido solamente para aplaudir á los hombres de genio: ha sido la *claque* que les ha alentado.

***

Los hombres de genio, como tienen sus ocupaciones fuera del mundo, apenas *viven en casa*. Por esta razón no tienen en ella lo que necesitan y por esta razón son desgraciados.

ALBERTO LLANAS

NUESTROS GRABADOS

Celos, acuarela de Eduardo Forti. – Eduardo Forti pertenece á la pléyade de jóvenes acuarelistas romanos que siguen las huellas de los ilustres Corelli y Pagliei. En su cuadro ha agrupado en un ambiente pompeyano dos modelos de aquella época, produciendo un conjunto armónico y elegante: con sus dos figuras ha encontrado un asunto lleno de gracia y buen sentido, representado por el despecho que se apodera de un papagayo al ver las caricias que su dueña prodiga á una tórtola. La ejecución de los detalles de la obra es esmeradísima y el efecto del conjunto resulta completo.

***

Una boda en Sevilla, cuadro de D. José García Ramos. – Es José García Ramos tan buen dibujante como colorista. Pocos como él han sabido pintar una Andalucía con tanta verdad y con tanta gracia. De ahí el atractivo que tienen los cuadros en que retrata las costumbres de su país.

Si no se hubiera creado una reputación con *El rosario de la aurora*, *La boda*, *El contrabandista* y los preciosos dibujos que sirvieron para ilustrar la última obra del infortunado Más y Prat, el cuadro que reproducimos bastaría para acreditar á García Ramos como uno de los más discretos pintores de género y costumbres.

***

Sardana de la ópera «Garín,» de D. Tomás Bretón. – Gracias á la amabilidad del autor de la ópera y del editor Sr. Romero, de Madrid, podemos ofrecer hoy á nuestros suscriptores una transcripción para piano de esta bellísima pieza que tanto entusiasmo despertó cuando se estrenó *Garín* en nuestro Gran Teatro del Liceo, y que ha conseguido una popularidad que ningún otro número de ópera alguna ha podido de seguro conquistar.

Creemos que la publicación de la sardana de *Garín* complacerá á los lectores y sobre todo á las lectoras de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, desde cuyas columnas enviamos la expresión de nuestro agradecimiento á D. Tomás Bretón y al Sr. Romero por la galantería que con nosotros han tenido.

***

Mónaco. Salón de la ruleta, cuadro de Juan Beraud. – El bellísimo artículo de nuestro querido colaborador D. Eduardo de Toda nos releva del trabajo de hacer una descripción del interesante y por todos conceptos notable cuadro de Beraud, y evita á nuestros lectores la molestia de leer lo que dicho por nosotros resultaría pálido, comparado con lo que acerca de la sala de juego de Monte Carlo podrán ver en *La Cornisa*, y que parece escrito expresamente con presencia de la obra del célebre pintor francés. Esta coincidencia entre lo que el Sr. Toda escribe y lo que Beraud pinta, es la prueba más elocuente de cuán acertados han estado uno y otro en la expresión de la verdad.



Después recibí en mis brazos á mi querida Juana

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

»Comparando el telegrama de Freemantle con el de Burdeos, se ve que los náufragos del *Tamaris*, si de ellos se trata, debieron sobrevivir todos al desastre de su buque, y que aún se hallaban en aquellas islas desiertas el 4 de agosto, unos seis meses después de su naufragio.

»En su consecuencia, señor comandante, invito á usted á dirigirse sin tardanza hacia ese archipiélago, abasteciéndose desde luego de una gran cantidad de carbón y de víveres, porque debe esperar que encontrará en esos parajes el mal tiempo de costumbre, lo cual pudiera prolongar la travesía.

»Dará usted cuidadosamente la vuelta por cada uno de esos islotes para asegurarse de si hay ó no náufragos refugiados allí; é inútil me parece recomendarle la prudencia con que debe practicar sus movimientos en esos mares, cuya hidrografía no se ha podido hacer hasta ahora sino imperfectamente.

»Según el informe que hemos obtenido, hace unos diez años que el buque de guerra inglés *Comus* constituyó en tres islas del Archipiélago depósito de víveres destinados á las tripulaciones de los buques náufragos. Verá usted la situación de esos depósitos, y los completará, si fuere necesario, en la medida que juzgue conveniente.

»En fin, durante su permanencia, que limitará al tiempo estrictamente preciso para su humanitaria misión, recoja usted todos los datos posibles y haga cuantas observaciones puedan ser útiles á la ciencia. Me anunciará usted por telégrafo su regreso á la primera oportunidad; y le autorizo para que al marchar se detenga algunas horas en la isla Borbón, que está en su ruta, á fin de que el gobernador de esa colonia pueda indicarme la fecha precisa en que emprenda el viaje (1).»

***

Tal era el contenido de aquel pliego ministerial, que leí ayer en Santa María de Madagascar, sufriendo un calor sofocante en un mar tranquilo, donde reflejaban como en un espejo los rayos del sol. En tierra no se oía ruido alguno; los caminos estaban desiertos, y bajo las copas de frondosos árboles divisábanse algunas casetas, con las puertas entornadas, que formaban como agujeros negros entre el follaje. Adivinábase la presencia en ellas de las pequeñas malgaches, completamente desnudas, echadas sobre las frescas esterillas y dejando pasar el calor del mediodía, y hasta nosotros llegaban los perfumes de las flores. El verano austral comenzaba, pesado, enervante, lánguido...

Con el pensamiento franqueé el espacio que me separaba de las islas Crozet, y vi hacia el Sud, muy lejos, más abajo del cabo de Buena Esperanza, en el

(1) Esta historia es absolutamente auténtica, y todos los detalles, excepto la presencia del pasajero Sr. de Nessey, son veraces. Los hechos ocurrieron en las mismas fechas, pero en 1887 en vez de 1882.

mar borrascoso y glacial, escarpadas rocas, sin un árbol, sin una florecilla, como aquellas que había divisado en otro tiempo en Islandia, al Norte de Europa. En sus cimas todo nieve; alrededor, hasta perderse de vista, el mar infinito y solitario; en las áridas rocas, algunos seres desesperados, cogidos á ellas por el instinto de la conservación y presa de los mayores padecimientos físicos y morales. ¡Entre ellos estaba Luis, mi pobre Luis, mi amado hermano; y yo era la persona designada para salvarle tal vez, ó acaso, ¡ay de mí!, para confirmar su muerte!

Juana y Magdalena se habían embarcado animosamente para ir á la isla Borbón, á fin de estar más cerca de nuestro querido mártir. Sin duda confiaban en tomar pasaje á bordo de la *Galatea*, é ir á explorar conmigo el misterioso archipiélago; mas esto era imposible, y yo no podía admitirlas en mi peligrosa misión. Hubiera necesitado una orden formal del ministro, y éste no la daba. Volví á leer la carta de mi madre, y entonces supe que las pobres mujeres habían solicitado inútilmente aquel permiso, que con justa razón les fué rehusado inexorablemente. A pesar de esto, marcharon por el primer vapor, y ya debían estar en la isla Borbón, la escala más próxima á las desgraciadas islas Crozet, adonde no va nadie: me verían un instante al paso y serían las primeras en saber mi regreso.

Sin detenerme á reflexionar más, pues era preciso obrar y no entregarse á la meditación, en cuanto he acabado de leer el pliego ministerial he dado conocimiento de él á mis oficiales, he avisado también al Residente en tierra y dado las órdenes oportunas para el embarque inmediato de los víveres y del carbón. Se han reforzado los mástiles, renovado las velas y adaptádose todas las disposiciones más propias para resistir las tempestades que pudieran sorprendernos. Dentro de dos días, cuando más, estaremos preparados, y sólo me detendré en la isla Borbón el tiempo estrictamente preciso para hablar con el gobernador, es decir, una hora ó dos apenas. De paso abrazaré á Juana y volveré á ver á Magdalena... ¿Será posible que no tiemble mi mano al estrechar la suya?... Pero en Luis es en quien debo pensar, en Luis y en sus compañeros... ¡Dios mío, si yo pudiese encontrarlos!... ¡Si el cielo me concediera esta dicha!...

***

Santa María de Madagascar, 17 de noviembre de 1882.

Esta noche estará todo dispuesto; tendremos todo el carbón necesario, los víveres y los seis bueyes vivos que se han ido á buscar á Madagascar. Cuando todo esté en el buque, cualquiera que sea la hora aparejaré; y en el camino, de aquí á Borbón, acabaré de tomar las disposiciones interiores.

En este instante, alrededor de mí y á pesar del calor excesivo, todos trabajan con ardimiento. Entre los tripulantes se ha propagado como un reguero de pólvora la noticia sobre la misión que estamos llamados á desempeñar, y ha sido suficiente para que se despierte el entusiasmo en todos los corazones. No se oye hablar más que de la las islas Crozet, de los náufragos y del albatros. Muchos tienen confianza y están convencidos de que nuestras pesquisas serán coronadas del más feliz éxito; pero otros dudan y llegan hasta preguntarse si esa historia del albatros no será un invento australiano de esos que los ingleses llaman *humbug* y los franceses *canard*.

En cuanto á mí, he pasado una parte del día consultando la carta geográfica y los diversos documentos que poseo, á fin de estudiar la mejor ruta que puede seguirse y la dirección que deberé dar á mis investigaciones.

Aunque marino, ignoraba casi la existencia de ese archipiélago, cuyo nombre apenas había oído pronunciar en otro tiempo á varios amigos que divisaron aquellos territorios desde lejos cierto día excepcionalmente claro; pues debe advertirse que están por lo regular rodeados de brumas, y los pocos buques que pasan por tan bajas latitudes, desvíanse cuidadosamente de las peligrosas rocas que forman esas islas. Solamente llega hasta ellas de vez en cuando algún atrevido ballenero.

Con relación á Santa María, adonde ahora estoy, ese archipiélago está situado al Sud, más bajo que la gran isla de Madagascar, y más aún que el cabo de Buena Esperanza; está muy lejos, á la derecha de éste, en medio del verdadero Océano á que nada se resiste, aquel que arrastra eternamente sus olas alrededor del globo sin encontrar nunca más continente que la América Austral, cuya punta contornea.

En la carta he trazado la línea curva que debemos seguir para que nos sean favorables las fuertes brisas de aquellos mares. ¡Qué larga me parece, en mi impaciencia por franquearla! ¡Setecientas leguas marinas, es decir, unos cuatro mil kilómetros!

Setecientas leguas representan de diez á doce días para la *Galatea*;... más aún, si nos sorprende alguna de las tempestades tan comunes en aquellas regiones, pero afortunadamente más raras durante el verano.

Otros peligros deben preverse también; la bruma, los hielos flotantes, las rocas desconocidas... Todos los venceremos; estoy bien seguro. Pero ¿qué importan los peligros, con tal que encontremos vivos aún á nuestros infelices compatriotas y á mi querido hermano Luis?

¿Se podría imaginar una escena más conmovedora que la de nuestro encuentro allá abajo, al cabo de tan larga ruta?... ¿Será posible disfrutar en la vida de una alegría tan dulce y completa?...

¡Con tal que no lleguemos demasiado tarde, Dios mío!

En Burdeos se supone que el *Tamaris* naufragó en febrero, y noviembre terminará muy pronto. ¡Diez meses, diez largos meses en aquellas rocas heladas, que mi carta geográfica representa como puntos! Al cabo de tantos días de espantoso destierro, de desesperación y de privaciones, ¿habrían tenido los náufragos suficiente vigor, energía y lucidez de espíritu para resistir á los padecimientos sufridos y no ceder á la desmoralización?

Y por lo pronto, ¿en qué parte de aquel archipiélago, tan extensamente diseminado en las aguas, habrían podido refugiarse?

Reflexionando sobre este punto, muy pronto formé mi opinión.

Hay cinco islas: una de ellas, la de los Apóstoles, situada al Norte, no es más que un grupo de rocas inaccesibles, y casi podría decirse lo mismo de la del Sud, que es la isla de los Pingüinos.

Las otras tres, que se extienden en el mismo paralelo, me parecen las únicas propiamente habitables con tal que sea posible llevar víveres y ropas y encender fuego; de Oeste á Este se designan con los nombres de isla Hog, isla de la Posesión é isla del Este.

Como el *Tamaris* llegaba del Oeste, sin duda abordaría á la primera, la de Hog, y á ésta me propuse dirigirme desde luego.

El pliego ministerial y las instrucciones marítimas que tengo á la vista me dicen que el buque de guerra inglés *Comus* depositó hace unos diez años víveres y ropas en cada una de estas tres últimas islas. Esas provisiones se encerraron cuidadosamente en cabañas de madera protegidas con lona alquitranada, y apoyadas en colinas al abrigo del viento. Los náufragos debieron encontrarlas seguramente, y gracias á esto, si han sido previsores, habrán podido vivir hasta ahora. De todos modos, aún existían los trece en 4 de agosto, seis meses después de su naufragio.

Por otra parte, aunque las islas no ofrecen grandes recursos, habrán podido



Todos los marineros, bajo la dirección del teniente, habían puesto ya manos á la obra.

economizar sus víveres, tratando de pescar ó contentándose con los innumerables huevos de las aves marinas y hasta la carne de foca y de albatros.

Lo que más me inquieta es saber cómo podrían obtener fuego y con qué elementos conseguirían alimentarle en aquellas espantosas tierras desoladas, donde no se encuentra un árbol; pero Luis está allí, por desgracia para nosotros y felizmente para nuestros compatriotas, pues su inventiva, su previsión y firmeza habrán sabido vencer todas las dificultades. Trece hombres asociados, á quienes la necesidad acosa, y dirigidos por un jefe que no se arredra por nada, son fuertes ante una lucha, sea ésta cual fuere. Gracias á Luis, espero que todos se habrán salvado, y que Dios, que nos ha favorecido visiblemente hasta aquí, no nos abandonará en el camino.

Tengo confianza y tendré también la inmensa alegría de dar por segunda vez á Juana un esposo querido; pero ahora sabrá que le recibe de mí. Magdalena, cuya tibia amistad es una especie de limosna, una concesión á los vínculos que unen nuestras familias, Magdalena experimentará tal vez un sentimiento más vivo, no de amor, porque éste ha muerto, y no me atrevo á esperarle ya, pero sí un afecto profundo, que sirviéndome de consuelo, me permitirá llevar la cabeza más alta y recobrar acaso la estimación que me profesaba y que por mi desgracia perdí.

La Rochefoucauld ha escrito esta máxima egoísta: «Hasta la desgracia que hiere á nuestro mejor amigo nos causa alegría.»

En cuanto á mí, tal es mi confianza, que no puedo menos de manifestar algo semejante: sentiría que el accidente que tanto aflige á Juana y á Magdalena no hubiese ocurrido, porque le creo remediable, y espero ser yo quien lo remedie.

Además, la llegada de Magdalena á Borbón ha despertado otras ideas en mi mente: por lo pronto, no debe haberse casado, pues me parece que su esposo no la hubiera permitido marchar; en las últimas noticias que recibí se me dijo que esperaba á que terminase el luto del Sr. de Branges, y después no me hablaron ya del asunto.

¿Se verificará al fin ese enlace tantas veces diferido?

¿Conservaría Magdalena, á pesar de todo, el recuerdo del pasado?

¿Y el Sr. de Nessey, si yo le devolviese á su hijo?...

—¡Ah, pobre corazón, no me atrevo á escudriñarte!... ¿Qué esperas ó qué temes?

***

Galatea, en el mar, 18 de noviembre de 1882

Según había resuelto, en la noche de ayer emprendí la marcha... Una hermosa luna nos iluminaba, poblando la obscuridad de risueñas blancuras, en las que los marsuinos, esos payasos del mar, se agitaban y saltaban como acróbatas bajo un rayo de luz eléctrica... A veces, alguna ave pescadora, silenciosa y negra, con las alas replegadas, parecía desprendida del cielo: tal era la rapidez con que bajaba para apoderarse de la presa que había divisado en las olas. Y mientras la *Galatea*, acelerando su marcha, levantaba diamantes bajo su proa, de la tierra que desaparecía llegaba hasta nosotros un rumor, como una voz triste cortada por risas burlonas, el rumor producido por el tam tam en honor de la luna, por el cántico de los negros, sencillo y plañidero, por los gritos de los malgaches que pescaban á la luz de las antorchas y por todo el murmullo de la vida salvaje en una tierra cálida y voluptuosa...

Largo tiempo tuvimos la vista fija en el horizonte, que parecía alejarse detrás de nosotros... Después se levantó el viento, empujándonos con más rapidez; las hachas de los pescadores desaparecieron como estrellas que se ocultan, los rumores humanos se extinguieron y el mar quedó desierto... Entonces fijé instintivamente mis miradas en el cielo, donde se veían innumerables claridades y de donde llegaba la voz del viento, que había ahogado las voces de la tierra.

Largo tiempo pensé en todos aquellos á quienes amo, en aquellos á quienes se puede ver otra vez, en aquellos á quienes no se vuelve á ver nunca, en los amores jóvenes y vivos y en los que se extinguieron para siempre...

Mañana se poblará el mar de nuevo, cuando aparezca ante nuestra vista la isla Borbón: á punto de llegar allí, vienen á agitar todos mis recuerdos los temores y esperanzas de que la imagen de Luis desaparece.

***

Galatea, en el mar, 21 y 22 de noviembre de 1882

El 19 de noviembre, á eso de las dos, llegué á Borbón; dispuse que se anclara en San Dionisio, cerca del Barachois, y después de dar orden para que se adoptasen todas las disposiciones necesarias á fin de hacernos á la vela á las seis de la tarde, me dirigí á tierra poseído de profunda emoción.

Nada se puede ocultar á bordo de un buque: el patrón de mi ballenera, el bravo contramaestre Rigault, sabía que mi hermana había ido á Borbón, que mi cuñado estaba entre los náufragos; y adivinando la impaciencia que yo hacía lo posible por ocultar, remaba con todo su vigor, dando ejemplo á sus compañeros. En medio de mis reflexiones, siempre las mismas, que daban vueltas en mi cerebro como un caballo en el circo, oía vagamente sus palabras de estímulo, repetidas á intervalos regulares: «¡Animo, muchachos, ánimo!»

Muy pronto se acercó la embarcación, y vi en la balaustrada del Barachois á Juana y Magdalena que me esperaban...

Subí la escalera rápidamente; Magdalena me salió al encuentro la primera, y ofrecióme la mano con más viveza que otras veces; después recibí en mis brazos á mi querida Juana.

¡Pobre hermana! Con la cabeza apoyada sobre mi pecho comenzó á llorar silenciosamente, sin que yo osase turbar con una sola palabra esa explosión de alegría y dolor al mismo tiempo.

Algunos negros perezosos, echados en el Barachois, por donde nadie paseaba en aquella hora, habían levantado un momento la cabeza para volver inmediatamente á amodorrarse.

El cielo estaba muy azul, de un azul obscuro; los bejucos floridos escalaban los árboles, deslumbrando la vista; las montañas se perfilaban en la atmósfera pura, inmóviles é indiferentes; toda la ciudad parecía entregada á la siesta habitual en los países cálidos, como si nada hubiese pasado, como si el dolor de Juana no fuera todo... Sólo á nuestros pies, causa de las augustias que nos acosaban, el mar rugía con furor; y todos aquellos detalles, todas aquellas cosas exteriores que no se observan en el momento, aunque se sienten, toda aquella inmovilidad de la naturaleza aumentaba nuestro dolor, haciendo más profunda la triste alegría de nuestro encuentro en el Barachois bajo aquel cielo tan distinto del de Francia.

Rigault estaba detrás de mí, con su sombrero en la mano, esperando mis órdenes; aquel pobre hombre, de facciones enérgicas, también lloraba, y de pronto recordé su presencia.

– Vaya usted á bordo, le dije, y vuelva á buscarme á las cuatro en punto.

Después vi á la señora Rochaux, esposa del gobernador, que habiendo acompañado á mi hermana y á Magdalena, se mantenía discretamente á cierta distancia. Como nuestras miradas se encontrasen, acercóse y nos dijo sin preámbulos:

– Vamos, ¿vienen ustedes? No es bueno tomar así el sol; ahí tengo mi coche, y mejor estaremos en el Gobierno.

Y ofreciéndome la mano, añadió con una sonrisa:

– ¿Sigue usted bien? ¿No le parece que los encontrará?

Recobrando al punto la calma, ofrecí el brazo á Mme. Rochaux y le contesté con naturalidad:

– ¡Pues no he de encontrarlos!

Juana me miró con mucha fijeza.

– ¿Lo dices de veras?, preguntóme.

– ¡Y tan de veras, querida hermana!

– ¿Pues por qué estabas tan conmovido?

– No comprendes que todos mis recuerdos se despertaron... al encontrarte aquí... con... Magdalena... Nuestro pobre padre... nuestra madre tan lejos;... pero en cuanto á Luis, no abrigo la menor inquietud desde que sé que está en tierra firme.

Llegados al Gobierno, expliqué detenidamente á Juana y Magdalena cuanto sabía de las islas Crozet, y las razones en que se apoyaba mi convencimiento de encontrarlos, á saber: la cabaña de los víveres; el término de la mala estación en 4 de agosto, poco más ó menos, fecha en que los náufragos vivían aún, y la esperanza que tenían de ser recogidos en el verano por algún barco ballenero.

Cuando hube concluído, Juana me contestó sencillamente:

– Entonces será preciso marchar cuanto antes, y vas á llevarnos contigo.

– No pienses en ello, hermana mía; esta expedición no es para mujeres, y por otra parte, solamente en virtud de una orden del ministro os hubiera concedido pasaje á bordo, aunque bien á pesar mío. Ahora bien, añadí sonriendo, en las instrucciones que me da no me habla de esto, y ya sé que fuisteis á ver al ministro antes de marchar, pues mi madre me lo dice en su carta.

– Es cierto, replicó Magdalena; fuimos con mi padre, que le conoce un poco, pero no conseguimos nada. Por lo pronto, mi padre, antiguo marino, no quería dar este paso, diciendo que era absurdo, imposible; y él, á quien afectó la cruel noticia hasta el punto de caer enfermo, que desespera de verle jamás, no osó solicitar autorización para reunirse con usted, según lo deseaba en un principio. Por otra parte, no hubiera podido hacerlo, porque está demasiado débil y muy quebrantado á causa de su edad. ¡Pobre padre mío, bastante nos ha costado impedirle que nos acompañe hasta aquí!

– Pensando que no había sabido defender nuestra causa, dijo Juana, volvimos solas Magdalena y yo á ver al ministro; mas á pesar de mis lágrimas y súplicas, nada pude obtener.

– Entonces fué, añadió Magdalena, cuando Juana manifestó la firme voluntad de venir á Borbón, y yo no quise abandonarla á pesar de la oposición de nuestros padres. Esperábamos que aquí se atrevería usted á infringir las órdenes del ministro, aceptándonos á bordo.

– Advierte, añadió mi hermana, que no las infringes desde el momento en que sus órdenes no contienen ninguna prohibición. Comprendo, á la verdad, que esto es contrario á los reglamentos y que no podía concedernos la autorización solicitada; pero tú eres dueño en tu buque, y sin duda el ministro haría la vista gorda.

– Mi esposo, dijo Mme. Rochaux, interviniendo, tiene alguna autoridad sobre el buque de usted, según creo, y podría tal vez normalizar esta situación entregándole una orden de embarque para estas señoras. Si ellas quieren y usted también, señor comandante, le hablaré sobre el asunto, y no dudo que me atenderá.

– No puede usted rehusar esta tentativa, dijo débilmente Magdalena.

– No, no puedes negarte á esto, añadió Juana. No te molestaremos mucho, pues ya comprendemos todas las exigencias del servicio, y necesitamos tan poco lugar á bordo, que no echarás de ver nuestra presencia. Piensa en la dicha que me proporcionarás permitiéndome ver á Luis algunos días antes, pues tú me has inspirado confianza. Pero respóndeme con toda sinceridad: estás seguro de encontrarle, muy seguro?

– Completamente, querida hermana. Una de las islas Crozet, añadí, aparentando una tranquilidad que á pesar de todo no lograba adquirir, y hasta todo el archipiélago, se puede registrar muy pronto, pues aquello no es como el Africa, donde Stanley buscó á Livingstone. Los naufragos estaban aún en aquellas islas el 4 de agosto; y su mismo telegrama del albatros no es terrorífico, pues anuncia simplemente su presencia en aquellos parajes, sin añadir una palabra.

«Trece náufragos se han refugiado en las islas Crozet. – 4 de agosto.»

Esto es todo; y puesto que se hallaban allí el 4 de agosto, allí deben estar todavía. ¿Dónde habían de ir?... Y es una suerte que no puedan marchar á ningún otro punto, pues así estoy seguro de encontrarlos antes, tanto más, cuanto que adivino en cuál de las islas se hallan.

– Entonces, déjanos ir también.

– No, hija mía; te ruego que no insistas; sé más razonable, ahora que estás segura de que ya es sólo cuestión de tiempo y de muy poco tiempo. Supongo que ya estarás del todo tranquila. ¿No es así?

– Sí, mientras te oigo hablar; mas apenas te hayas marchado, mis inquietudes renacerán, y he aquí por qué quisiera seguirte y también para disfrutar de la inmensa satisfacción de verle antes.

La señora Rochaux iba á tomar de nuevo la palabra, sin duda para insistir en su ofrecimiento, pero le hice una señal de inteligencia y se contuvo. Entonces me apresuré á decir levantándome:

– No, hermana mía, no puede ser, y te suplico que no insistas en tus ruegos porque me desconsuela, como ya comprenderás,... rehusarte lo que pides... Luis vive, de ello te doy todas las seguridades, y muy pronto estaré de vuelta con él; es preciso armarte de paciencia y esperar sin temor alguno. En cuanto á mí, con el mayor sentimiento debo abreviar los instantes, ya tan cortos, que paso junto á vosotras. Me es preciso ir á presentar mis respetos al gobernador; después vendré á buscaros para que me acompañéis al Barachois. Por el camino hablaremos un poco de mi madre, de los Sres. de Nessey, de sus hermanitas de usted, Magdalena, y de todos aquellos en quienes he pensado tan á menudo y de los cuales no hemos podido ocuparnos aún.



Se ha encontrado en la playa de Freemantle un albatros muerto que tenía pendiente del cuello un pedazo de metal blanco...

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL TEATRÓFONO

Desde el momento en que el teléfono nos permitió oir á gran distancia la palabra articulada, no era difícil realizar lo que hace algunos años hubiera sido considerado como un sueño imposible, es decir, las audiciones teatrales á domicilio. Estas son actualmente un hecho, y lo que se canta en la Gran Opera de París, por ejemplo, óyese no sólo en las poblaciones francesas sino que también en Londres. Cuando la Exposición de Electricidad que en 1881 se celebró en la capital de Francia, las audiciones telefónicas de diversos teatros tuvieron un éxito completo: dada la perfección que esos aparatos habían ya entonces alcanzado, la cosa era muy sencilla, pues un hilo especial ponía en comunicación dos distintos puntos. La dificultad surgió cuando se quiso poner una serie de teatros á la disposición de toda la red telefónica y aun del público no abonado: para ello era preciso llegar á una inteligencia con los directores de aquéllos, tender las líneas, establecer la oficina central, etcétera, cosas todas que exigían cierta diplomacia y sobre todo grandes capitales. Todas estas dificultades han sido vencidas, y al fin se constituyó hace poco en París una sociedad para la instalación de un servicio regular hoy en plena explotación, debida á la iniciativa de MM. Marinovitch y Szarvady.

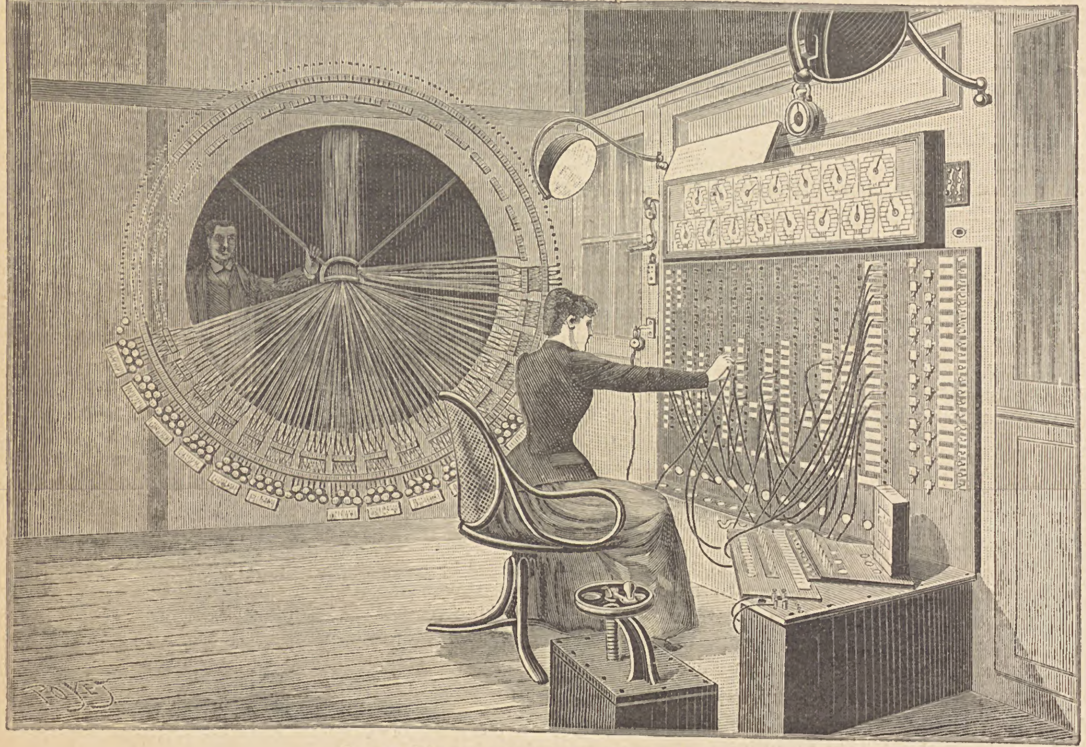
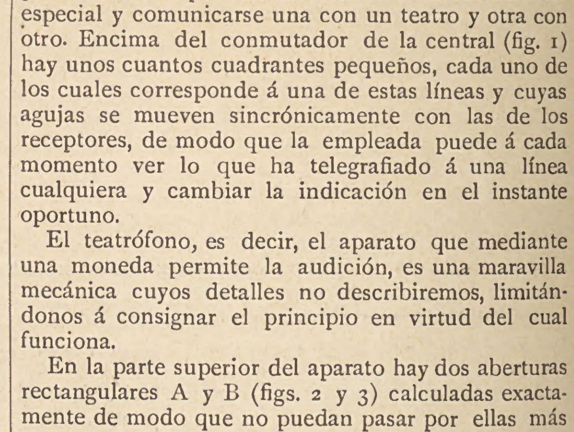



Fig. 1. Oficina central del teatrófono en París

La oficina central (fig. 1) está situada cerca de los grandes bulevares, en la calle Louis le Grand, y á ella van á parar todos los hilos por medio de los cuales se establecen las comunicaciones: una sola persona, una joven, pasa toda la noche en ese puesto y basta para ese trabajo.

Hay tres líneas distintas: 1.°, las que comunican la oficina central con los micrófonos colocados en los teatros; 2.°, las que unen aquel centro con la oficina central del Estado, desde donde puede establecerse la comunicación con todos los abonados de la red en Francia ó en el extranjero; 3.°, las líneas especiales para los aparatos situados en los sitios públicos (cafés, casinos, fondas), y que permiten una audición de cinco ó diez minutos mediante una moneda de medio franco ó de un franco.

En los teatros, los micrófonos están colocados en el escenario y reciben la corriente de seis ú ocho elementos Leclanché ó Lalande y Chaperon: desde allí, según la importancia del teatro y el número probable de peticiones de audición, parten cierto número de líneas que van á parar á la rosácea y luego al cuadro conmutador (fig. 1) de la oficina central, al cual van á parar también todos los hilos que van á la central del Estado, ó que sirven á los establecimientos provistos de los aparatos automáticos, llamados teatrófonos. De modo que el empleado no tiene más que colocar en los agujeros del conmutador alambres delgados provistos de fichas en sus extremos para establecer las comunicaciones que le piden los abonados.

Para los aparatos automáticos no ha de esperar á que le pidan comunicación, sino que han de estar dispuestos á funcionar desde que comienzan las funciones de los teatros. El que quiera utilizarlos ha de saber si el aparato está dispuesto y con qué teatro comunica; á este efecto un pequeño cuadrante provisto de una aguja indica todos los teatros con los cuales puede ponerse en comunicación y luego la palabra *entreacto;* otro cuadrante con las mismas indicaciones, pero más grande, está generalmente colocado en sitio muy visible en el local donde están los teatrófonos (café, casino, etc.). La aguja de estos cuadrantes obedece á las atracciones de un electro imán, al cual se envía la corriente por medio de un manipulador, colocado al alcance de la mano de la joven empleada en la oficina central, y que, como se ve en la fig. 1, es un pequeño volante provisto de un manubrio, al que basta hacer girar para obtener pasos ó interrupciones de corrientes; es, en resumen, un verdadero telégrafo de cuadrante Breguet, pero está construído de una manera especial que asegura un funcionamiento irreprochable. A este telégrafo está afecta una línea especial, tomándose la corriente en la canalización de la fábrica de distribución para el alumbrado público. Al llegar á la central la empleada, después de averiguar qué teatros hay abiertos, escoge uno de ellos y lo une con todas las líneas de teatrófonos públicos, maniobrando luego en el telégrafo hasta que la aguja indique el teatro escogido: cuando llega el entreacto pone el hilo móvil en otro teatro y con un movimiento del manubrio cambia el nombre en todos los cuadrantes.

Aunque todos los teatrófonos de una misma línea reciben la audición de un mismo teatro, cada línea puede ser independiente mediante un conmutador especial y comunicarse una con un teatro y otra con otro. Encima del conmutador de la central (fig. 1) hay unos cuantos cuadrantes pequeños, cada uno de los cuales corresponde á una de estas líneas y cuyas agujas se mueven sincrónicamente con las de los receptores, de modo que la empleada puede á cada momento ver lo que ha telegrafiado á una línea cualquiera y cambiar la indicación en el instante oportuno.

El teatrófono, es decir, el aparato que mediante una moneda permite la audición, es una maravilla mecánica cuyos detalles no describiremos, limitándonos á consignar el principio en virtud del cual funciona.

En la parte superior del aparato hay dos aberturas rectangulares A y B (figs. 2 y 3) calculadas exactamente de modo que no puedan pasar por ellas más que monedas de medio franco y de un franco respectivamente: la de medio franco, por ejemplo, que entra por A, llega á un plano inclinado que la conduce á una pequeña pala P (fig. 2) montada en una palanca y que el peso de la moneda hace caer; esta caída produce el movimiento de un áncora que suelta por cinco minutos un aparato de relojería A, é inmediatamente un pequeño cilindro colocado debajo de los muelles E y R (fig. 3) establece las comunicaciones. Una aguja que se mueve en un cuadrante exterior H permite á la persona que escucha conocer á cada momento el número de minutos transcurridos. Después la moneda cae al fondo de la caja y la pala P se levanta de nuevo dispuesta á recibir otra. Con las monedas de un franco la marcha del aparato es la misma, sólo que el áncora está calculada para diez minutos. En el teatrófono están tomadas todas las medidas para evitar los fraudes.

Si el aparato no puede dejar oir nada, devuelve la moneda, que sale por el tubo S, resultado que se obtiene por medio de pequeñas trampas D y C que se levantan para dejar caer la moneda en dicho tubo si el aparato no está en estado de funcionar.

Como se ve, todo ha sido previsto en este ingenioso aparato que actualmente se encuentra muy generalizado en los cafés, casinos, fondas, restaurantes y otros sitios públicos de la capital de Francia y que pone el teatro al alcance de todo el mundo sin necesidad de que el que desee oir una función sufra la menor molestia.

En cuanto á los abonados de la red telefónica, aún disfrutan de mayor comodidad, puesto que en su misma casa, sin salir de su cuarto, ni siquiera de la cama, pueden creerse transportados á su teatro favorito. Cuando se trata de una función que ya se ha visto, puede reconstruirse mentalmente la escena y el trabajo de los actores, pues se reconoce la voz de éstos y no se pierde ni una nota, ni una sílaba de lo que en el teatro se representa.

(De *La Nature*)

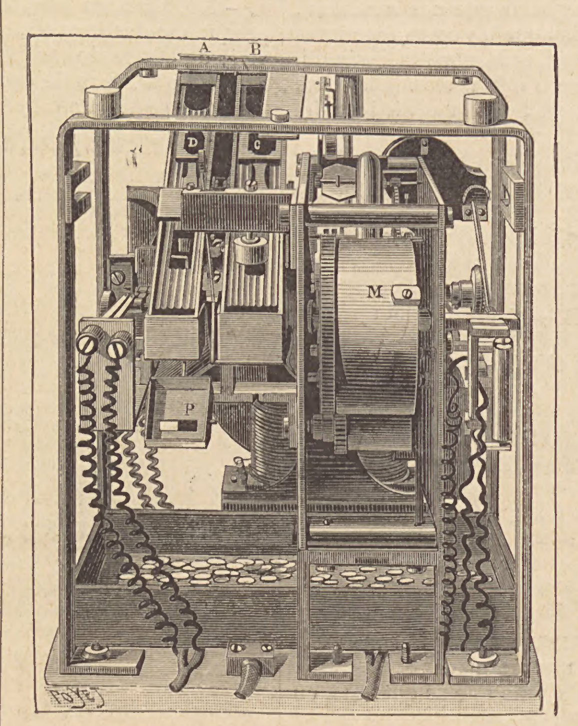


Fig. 2. Aparato automático para las audiciones teatrales, visto de frente

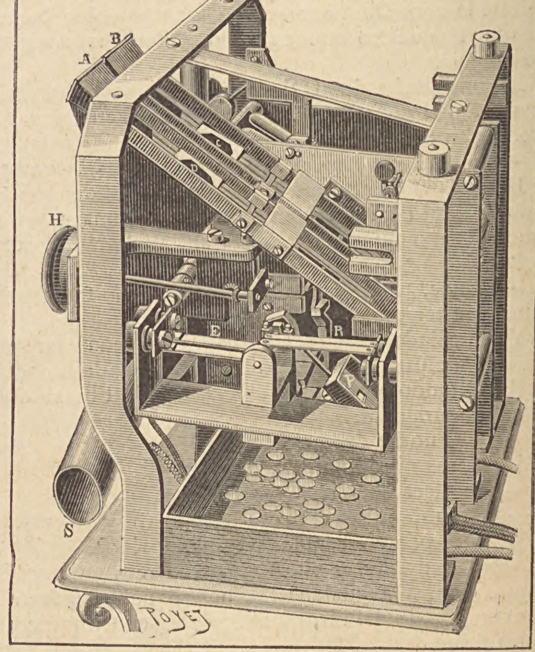


Fig. 3. Aparato automático para las audiciones teatrales, visto de lado

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

LA TESTAMENTIFICACIÓN, SEGÚN EL CÓDIGO CIVIL CHILENO, por *Robustiano Vera.* – Conocida es de nuestros lectores la personalidad del notable jurisconsulto y escritor chileno Sr. Vera, cuyo retrato junto con algunos datos biográficos publicamos en el número 525 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. El largo catálogo de sus obras jurídicas, que gozan de verdadera autoridad en Chile, justifica la fama de que en aquella república disfruta su autor. La últimamente publicada, que es la que motiva estas líneas, es un estudio acabado del derecho de testar y de sus efectos según el código de aquel país, y en ella hay dos capítulos de general interés, que son un estudio concienzudo de la testamentificación romana. – Véndese la obra al precio de 3 pesos, y los pedidos han de dirigirse á su autor, calle de Arturo Prat, 53, Santiago de Chile.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA. – Se han repartido los cuadernos 13 y 14 de la edición de esta obra que publica en esta ciudad D. Ceferino Gorchs.

TABLA DEL INDICADOR GRÁFICO (Núm. 1) DE LAS PRINCIPALES DIFICULTADES MECÁNICAS DEL PIANO, ÓRGANO, ARMONIUM, etc., COMPUESTA DE LETRAS, SIGNOS Y CIFRAS, inventado por *Ramiro de Inchaurre.* – El inteligente profesor de Bilbao Sr. Inchaurre ha condensado el fruto de sus estudios y práctica en el arte de tocar el piano en este notable trabajo, en el cual por un procedimiento sencillo é ingenioso adquiere el discípulo fácilmente un mecanismo correcto y seguro y aprende de una manera indeleble los atinados consejos del maestro. El *Indicador gráfico* ha sido publicado por el conocido editor de Bilbao Sr. Dotesio.

CÓDIGO CIVIL DE ESPAÑA. – El conocido editor de Valencia D. Pascual Aguilar ha publicado una elegante edición de bolsillo del Código Civil, autorizada por el ministro de Gracia y Justicia, ajustada á la última edición oficial reformada y seguida de un apéndice que contiene la Instrucción aprobada por Real orden de 26 de abril para la ejecución de los artículos 77, 78, 79 y 82 sobre inscripción de los matrimonios canónicos en el Registro civil y sentencias de nulidad ó divorcio de los mismos. – Véndese en las principales librerías al precio de 2 pesetas.



MÉXICO – CENTRO DE PUBLICACIONES DE JUAN DE LA PUENTE PARRES. – INTERIOR DEL ALMACÉN. – VISTA TOMADA DEL FONDO

CASA EDITORIAL

DE D. JUAN DE LA PUENTE PARRES EN MÉXICO

Más de veinte años hace que nuestro inteligente y estimado corresponsal D. Juan de la Puente Parres estableció en la capital de México un Centro de publicaciones, con el propósito de dar á conocer en aquella república cuanto de notable produjera la industria editorial.

Modesto en un principio, poco á poco y merced á inteligentes esfuerzos y á una actividad infatigable del Sr. Parres, fué ganando en importancia el establecimiento y vió su fundador prosperar el negocio por él montado, corriendo parejas con el provecho del negociante la honra que en aquellas tierras, hermanas nuestras, iba ganando la literatura patria.

Andando el tiempo, la insuficiencia del local donde primitivamente instalara su establecimiento el señor Parres, hizo concebir á éste el proyecto de construir otro que por su capacidad respondiera á las necesidades crecientes de su Centro editorial; y poniendo en obra su idea, levantó un magnífico edificio, en cuya construcción invirtió el fruto de tantos años de trabajo y en el cual ha instalado de una manera suntuosa el despacho, las oficinas y los almacenes.

El grabado que publicamos representa el interior del almacén y permite formarse exacto concepto de su importancia y grandiosidad: los dos pisos en que está dividido aparecen ocupados por grandes estanterías donde hay colocadas las existencias y en el centro se ven las mesas destinadas al trabajo personal.

Desde nuestras columnas enviamos un cariñoso aplauso al Sr. Parres, á quien señalamos como ejemplo digno de imitación.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN